



Federico Cuartas Aristizábal
Phil "Luna Solar Roja" Edwards
Juan Ignacio Muñoz Zapata
Nicolás Uribe Pantoja

EDICIONES
MUZA
TU LIBRERÍA VIRTUAL

LOS
idiotas
de la
Calle 13

Federico Cuartas Aristizábal
Phil “Luna Solar Roja” Edwards
Juan Ignacio Muñoz Zapata
Nicolás Uribe Pantoja

LOS IDIOTAS DE LA CALLE 13

EDICIONES 
MUZZA INC
TU LIBRERÍA VIRTUAL

COLECCIÓN KARMA TÉRMICO

Diseño de Cubierta: Juan Ignacio Muñoz Zapata, Nicolás Uribe Pantoja, Federico Cuartas Aristizábal, Phil "Luna Solar Roja" Edwards

Depósito legal:
Biblioteca Nacional de Canadá

ISBN: 978-0-9813153-3-1

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo:

© 2009, Ediciones MUZA Inc. Canadá

www.tulibreriavirtual.net

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la carátula, puede ser transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Tampoco podrá ser reproducida o almacenada con fines comerciales

Prólogo

Todas las escrituras realizan una incisión, la violencia estética del estilete. El primer papiro fue la piel, la marca sobre la piel. A partir de allí la sofisticación de grabar en la piedra, de crear tipos, o de herir las montañas abriendo caminos, son la plenitud de la escritura. En cada tiempo una historia para contar que se grita desde la sórdida experiencia de las violencias que nos regalan los otros. Pero Los idiotas de la calle 13 no hacen drama de sus vivencias, hay un complot que explota en cualquier rincón donde la marginación acumula lenguas, gestos brutales, lo mórbido y lo humano. En muchas oportunidades los intelectuales han observado que las hordas de miserables tomarán el poder, es el terror de Europa y el destino de los idiotas, un poder sin orden ni voz. Por primera vez la semántica ha quedado eliminada y el Inefable es el líder, nadie ha escuchado sus reclamos, a nadie le compete parafrasearlo o hacer escolios de sus gestos. El Inefable guía la transformación de una multitud que se atropella sin pedir excusas. Entonces ingresa la escritura esencial de los diarios, la que puede ser conciencia que se dicta sus terrores o puede ser señal de

agonía que queda grabada en un papel que nadie leerá, que alguien tomará y pasará por sus ojos con interés de fisgón de dramas ajenos pero sin advertir que quien da gritos está a su lado, en un rincón de su casa, en la esquina que quiebra todos los días antes de tomar el autobús. Siempre sucederá que la escritura habita mundos e interpreta ritmos, así no hay extrañeza que decida si son Los detectives salvajes de Roberto Bolaño los que han incoado este proceso en el que los idiotas de la calle 13 se levantan con un vozarrón de escritura diferente, sin sintaxis ni puntos, en la aleatoriedad de ver pasar hombres y mujeres por el vidrio retrovisor y entonces advertir que cada quien se desdobla en la oscuridad, en cada mirada se representan violaciones y preguntas. Partiendo de una confusión de lenguas apenas necesaria para recrear un mundo que no ha dejado de comenzar desde que Babel ilustró el mito esencial de los pueblos, los individuos y las culturas, en el estado de glossolalia se forma, como en un huevo, la cósmica de la vida dura y atropellada de quienes han perdido su geografía, quienes desprendidos de toda atadura han sido absorbidos

por el agujero negro. La calle 13 no será entonces un regalo de globalización donde la lengua de Chaucer invite a cantar canciones o donde el verbo de Platón illustre su desprecio por la sustancia naranjada y rugosa de la poesía. No hay un ideal que invite a considerar que ha quedado superado Babel, antes por el contrario, el rey Nemrod continúa gobernando en este caos que ofrece todas las formas de

violencia como reclamo por la imposibilidad de la comunicación. Así avanzan los idiotas y se acrecen de furor divino, así la escritura va nombrando una realidad sin sello real.

Juan Manuel Cuartas Restrepo

ACERCA DE JUAN MANUEL CUARTAS RESTREPO.

Es filósofo y profesor titular de la Universidad del Valle (Cali, Colombia). Ha publicado Blanco rojo negro: el libro del haikú (1998), El budismo y la filosofía: contrastes y desplazamientos (2002), Autobiografías de filósofos y poetas (2004), Los 7 poetas del haikú (2006), Los rumbos de la mente (2007) y Marvel Moreno: treinta años de escritura de mujer (ganador en Colombia del Premio Nacional de Ensayo "Rafael Gutierrez Girardot 2005-2006).

“La filosofía y la ciencia nos dicen muchas cosas. Información, demasiada información. Probablemente la cantidad de datos sobrepasa la cantidad de átomos en el universo. La filosofía hablaba de los átomos. La ciencia no estaba muy segura de la veracidad de las especulaciones de esos desocupados con barba, y quisieron comprobarlo. Los átomos existen. Es necesario continuar el ciclo. Por ende me permito un párrafo de especulación filosófica, o mística, o lo que sea: un párrafo sin rigor científico.

La Verdad es el espacio que existe entre los átomos, la vibración que se genera entre ellos. El vacío. En este estado hay una expansión infinita, hacia fuera y hacia adentro, microscópica y macroscópica. La expansión en estas dos direcciones llegan a un punto tal del infinito que lo macro se vuelve micro, y lo micro se vuelve macro. El absoluto.

Y nosotros somos pasajeros. Llenamos vacíos con nuestras palabras y nuestros gestos. Hacemos el amor, y las vibraciones a nivel atómico sufren una anomalía feliz, el orgasmo del universo. Reguero de tinta y música, manchas y colores que solo dicen una palabra, una palabra que no existe o que tiene muchos nombres.

Dios en sol menor aumentado. El hombre en do mayor disminuido, pasajeros de la vida y de la muerte, curvatura en el espacio-tiempo que hace eco y nos lleva de un lugar a otro. Nacer adentro, crecer adentro, y desde adentro empujar hacia fuera, romper el ladrillo.

Rasguños sin cesar en la pared sofocante de la realidad, para que en el fin de nuestros días pongamos en práctica el Gran Escape que con paciencia hemos venido planeando, la Fuga hacia fuera, la destrucción y la muerte culminando en el renacer y crear.”

Fragmento encontrado en el jardín botánico de Bill Durian Keenan, en Palos Verdes, California, durante una redada conjunta del FBI y el SWAT, liderada por el General Riley bajo órdenes directas de la Casa Blanca (parte de su nueva lucha en contra de los peligros de la naturaleza). No hubo arrestos —las premisas estaban vacías— y, salvo el hallazgo de unas cuantas plantas clasificadas como amenaza a la seguridad nacional y algunos cuadernos y papeles sueltos, el operativo fue un fracaso.

Glossolalia

No sé cómo se entienden. Hablan en lenguas, como dicen, o al menos eso parece. Por eso dudé, no sabía si pensarlos idiotas o inteligentes. Quizás son idiotas inteligentes. Son Julio, Jonás, Robertico, y Esteban, más conocido como Escoria, más conocido como Esco. Fue yendo a encontrar a este último que terminé por esos lados de la calle 13; Esco era hijo de la hermana de mi madre, es decir mi primo —tomo el camino largo porque intento siempre tomar distancia de él, así sea retóricamente. El hijo de la hermana de mi madre, Esco, tenía 24 años, y su madre, mi tía, estaba preocupada por su muchacho que hacía ya 6 meses pasaba sus días (y sus noches) en aquella casa. La calle no era problema, el problema eran Julio, Jonás y Robertico, o como yo empecé a llamarlos desde entonces, los idiotas de la calle 13.

Era una casa abandonada, lo mismo que la mayoría de las viviendas de esta calle. A finales del año 2011, el gobierno de los Estados Unidos alcanzó la cima de la paranoia. Los expertos (politólogos y economistas, entre

otros) declararon que, lo mismo que con el petróleo, una vez la paranoia llegara a su punto máximo, ésta comenzaría a decrecer y las cosas mejorarían —los ciudadanos recuperarían su privacidad, la red volvería a ser sinónimo de libertad y no de control, las filas en los aeropuertos serían más cortas. No fue así. De hecho, el miedo del gobierno escaló frenéticamente. Los expertos sufrieron vergüenza descomunal. Uno de ellos, el sociólogo californiano Michael C. Brown, profesor emérito de la Universidad de California, fue apedreado al frente de su casa por unos neo-hippies que viajaron desde Santa Mónica hasta Berkely (en donde pasaron tres días escogiendo las rocas más filosas y aerodinámicas, dibujando cuidadosamente el signo de la paz en cada una de ellas).

Con la paranoia gubernamental rozando los cielos, negros de humo y desechos tóxicos, el gobierno empezó a buscar nuevos enemigos. Durante el *brainstorming* matutino, estimulado por un café amargo servido en pequeñas tazas de poliestireno, un consejero de la Casa Blanca planteó que parte del Gran Problema Americano eran los suburbios.

Hubo un silencio funerario. “Los suburbios son las venas de nuestro país”, dijo por fin uno de ellos, “el sueño americano se sostiene en esas estructuras armónicas de calles y parqueaderos y techos negros y jardines”. El consejero respondió que para creer en el sueño Americano es necesario estar dormido. Los suburbios son aburridos para los chicos, dijo, y la aburrición lleva al ocio. Y el ocio lleva al terrorismo. “Al terrorismo lleva el fundamentalismo o el comunismo” gritó alarmado uno de los presentes. Lo que dices se aplica a cualquier lugar del mundo, respondió el consejero, aquí no. Hay que acabar con los suburbios, dijo.

Los seis hombres presentes en aquella oficina de la Casa Blanca se dejaron convencer. Hicieron estudios, escribieron reportes y llevaron a cabo una presentación llena de gráficas, imágenes y estadísticas, a la cual asistió el presidente K. El presidente K. decidió que no había nada que perder, lo asumirían como un experimento. Escogieron la calle 13, parte de un suburbio tejano clase media, que había hecho escándalo hacia 5 años cuando surgió lo que los medios llamaron un Prostíbulo Suburbano: se trataba de un proxeneta salvadoreño, conocido simplemente como Don Acuña (de la fama de los Acuña Boys), que creó un ejército

criminal organizado, del cual hacían parte todos los hijos de las prostitutas que se vendían en aquella casa, y que hicieron cundir el pánico (y la diversión, pues estas mujeres eran buenas en su trabajo) hasta que tuvo que intervenir la Guardia Nacional, arrojando algunos chicos y dándole un escarmiento a Don Acuña al que no pudieron detener, pues algunos políticos de alto rango estaban en gran deuda con él. Después de 2 meses de discreción, el prostíbulo y los otros negocios de Don Acuña retomaron su rutina.

La calle 13 fue bombardeada con misiles GBU/43B. Los habitantes fueron desplazados, algunas casas fueron completamente destruidas, otras —pocas— quedaron intactas. Acordonaron la calle y llamaron a una rueda de prensa para mostrar al pueblo norteamericano lo que se venía, la destrucción de los suburbios, la aniquilación desde adentro de una nueva amenaza para el país. Esa semana la calle 13 se convirtió en emblema de la campaña en contra del terrorismo suburbano.

Después de la emisión de las noticias de las seis, y durante los siete días siguientes, Estados Unidos explotó en caos. Los ciudadanos no iban a permitir que les privaran de

su estilo de vida, un estilo que venían cultivando desde hace un siglo. Se reportaron disturbios en treinta y dos ciudades, la gente dejó de ir a sus oficinas, las cartas no paraban de llegar, cartas con virulentos argumentos a favor de la preservación de la suburbia. Los jóvenes empezaron a portar camisetas con el slogan "*I love my suburban home!*" y los *seniors* olvidados de los ancianatos movían sus cabezas de lado a lado mientras comían pudding, lamentando estar vivos.

Muy pronto el alto comando se dio cuenta de que la campaña era un fracaso. El consejero responsable del desatino fue despedido y señalado como único culpable; lo declararon terrorista intelectual infiltrado en la Casa Blanca con el fin de destruir los valores de la Constitución, y fue empujado al exilio, acomodándose en alguna isla tropical de América del Sur.

La calle 13 quedó como monumento de otro episodio negro más de la historia de los Estados Unidos. Una esquina oscura del experimento (Norte) Americano.

La casa donde se asentaron los idiotas, unos años después de la crisis anti-suburbana, solía pertenecer a Don

Acuña. Estaba medio vacía, pero todavía quedaban algunas pertenencias del extraviado proxeneta: un viejo televisor a color y un VHS (algunas películas porno, y una admirable colección de la filmografía de Chuck Norris y Steven Seagal), muebles viejos y manchados, cuatro camas repartidas en las cuatro habitaciones del segundo piso, y varias repisas con libros, revistas y objetos chatarra que había ido coleccionando o guardando inútilmente con el paso del tiempo. Un año después, Robertico, recién llegado de Colombia (como todos los idiotas, algunos con sus familias, otros no), se mudó a la casa. En este lugar iban apareciendo amigos dispersos de los idiotas que se alojaban por semanas o meses y después continuaban su camino. Jonás, Julio y Robertico eran los inquilinos fijos, y Esco parecía haber llegado para quedarse.

Se tomaban turnos para trabajar. Robertico lo hacía por 3 meses en lo que pudiera conseguir, después le tocaba a Julio, y por último a Jonás. Ahora Esco se agregaba al ciclo. Comían del sueldo del trabajador de turno, pues además de comida y otras cosas menores, no necesitaban de mucho. Yo fui excusado del trabajo, pues me clasificaron como visitante.

Todo esto lo fui averiguado en mis charlas con los idiotas, pero nunca fue fácil. Era un trabajo arduo de deducción, interpretación, casi traducción de sus palabras enredadas y a veces inventadas. La dificultad más grande era el hecho de que cada idiota utilizaba su propia variación del ya distorsionado lenguaje que habían creado (o que se había desarrollado con el tiempo, independiente de sus intenciones, como si el lenguaje fuera un inquilino más en esa casa extraña).